



3086 1839-1952

Emily Dickinson y Gabriela

Andrés Sabella

000 202737 1987 b. 2.

Los últimos dolores, 15.9.11.1987

Escribimos este 4 de julio, pensando no en las inmensas potencias materiales de Estados Unidos, sino en sus energías espirituales. Por natural disposición de sangre, caemos en sus postas y nos hallamos con Poe, acariciando los "rizos de jacinto" de Helena, mientras Emerson instruye al hombre que "Por el amor, abandónalo todo", pensamiento que debió inspirar a Nervo, cuando aconsejaba llenar de amor cada espacio pobre del mundo. Longfellow, en las distancias, oye cómo pasa "el tul pasajero de la Noche", el viejo Whitman, puro y glorioso, celebra el fuego de la Democracia, por la que hará "tierras magnéticas, divinas. / Con el amor de camaradas". Lindsay no cesa de instruir para que la belleza llegue al pueblo; Sandburg contempla y penetra en la polícrómia de "la Familia del Hombre", en tanto, a latigazos de ira, Stephen Vincent Benet nos asocia a la solidaridad que les debemos a "todos los castigados", condecorados por cicatrices, que él enumera en su desgarradora "Letanía para las dictaduras".

Y dónde se nos oculta Emily, la fuerte solitaria de Amherst, en Nueva Inglaterra, la Emily Dickinson presa de sí misma durante treinta años? Aquí nos sonríe, melancólicamente, indiferente a los halagos peregrinos, atenta sólo a los misterios del ser que ilumina y antiniebla su mente. Para nuestro deleite y el de los amigos, repetimos estos cuatro versos suyos que justifican, largamente, el fervor que hoy rodea su obra:

"Para hacer una pradera, toma un trébol, y una abeja, / y un sueño, / El sueño solo bastará / si te faltan abejas".

Emily Dickinson vivió cincuenta años, de 1830 a 1886, en silenciosa tarea creadora, convirtiéndose, después, como lo afirma Alfredo Weiss, en decisiva influencia en los imaginistas de su país. Luis Gregorich alude a la "sencilla estructura rítmica" de sus poesías, enriquecidas, de verso a verso, por "una notable carga de sugerencia lírica y un vuelo metafísico y religioso". Tal vez, este poema la diga en su verdad:

"Hoy ascendió a mi mente un pensamiento/ que ya tuve antes / pero no conclui; en alguna ocasión anterior, / mas no puedo precisar el año, / ni a dónde fue, ni de dónde vino / esta segunda vez. Ni tengo el arte de expresar definitivamente lo que era. / Pero en alguna parte de mi alma, sé / que lo hallé antes; / él se acordó de mí; eso fue todo, / y no volvió más a mi camino".

La buena casualidad nos trae el número 13-14 de "Academia" (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación), donde nos ilustra un sólido ensayo de Elizabeth Horan en torno a Gabriela Mistral y Emily Dickinson. Escribe la Horan que: "para nosotros los estadounidenses, Dickinson representa nuestro deleite juvenil en lo nuevo..., es una eximia representante del espíritu norteamericano". Lo importante, aquí, destaca la victoria que ambas lograron ante "su público", porque "ellas tipificaron y superaron los obstáculos por el medio en que vivieron para proyectarse a un público futuro y siempre desconocido". En medio de su grandeza, Emily no se fatiga de repetir que prefirió ser un átomo "a todos los trozos de arcilla".

Emily Dickinson y Gabriela [artículo] Andrés Sabella.

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Emily Dickinson y Gabriela [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)